

colecciónnotraslatitudes

Hôzuki:
la librería de Mitsuko
Aki Shimazaki

Traducción de
Íñigo Jáuregui

Nørdicalibros
2017

Título original: *Hôzuki*

© 2015, Leméac Éditeur (Montréal, Canada)

© De la traducción: Íñigo Jáuregui

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avenida de la Aviación 24, bajo P- CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Segunda edición en Nórdica Libros: mayo de 2017

ISBN: 978-84-16830-73-2

Depósito Legal:

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Coloco en el escaparate unos libros de ocasión que acabo de comprar. Son más o menos las cuatro de la tarde y empiezan a caer copos de nieve.

Tarô permanece fuera pese al frío. Sentado a la mesa bajo el tejadillo, juega con sus animales de plástico. Absorto en su juego, no repara en la nieve. Balanza lentamente la cabeza, como si reflexionara. Mi mirada se detiene en el color de su pelo: castaño. Distráida, rememoro la escena en que yo corría estrechando un bebé entre mis brazos.

De pronto, Tarô levanta la cabeza y se lanza corriendo a la acera. Extiende sus manitas para atrapar los copos, con la boca abierta hacia el cielo. Sonríe. Cuando se vuelve hacia el escaparate, nuestras miradas se encuentran. Me llama en lengua de signos:

—¡Mamá, la primera nevada!

Le respondo articulando cada sílaba:

—Sí, es el *ha-tsu-yu-ki*.¹

De nuevo en la mesa, mi hijo mete los juguetes en la bolsa amarilla confeccionada por mi madre. Cuando entra, le digo:

¹ Las palabras en cursiva se han agrupado en un glosario al final del libro. (*N. del E.*)

—La abuela está preparando *takoyaki*.

Abre los ojos como platos. Es su merienda favorita. Me dice por signos:

—¿En serio? ¡Tengo hambre!

Sube rápidamente al piso, mientras yo sigo colocando libros en el escaparate: filosofía, religión, bellas artes, historia, novela policíaca. No vendo libros para niños ni mangas, ya sean para jóvenes o para adultos. Pongo también estuches de lápices y marcapáginas decorados con flores secas que ha hecho mi madre. Bonitos y útiles, estos objetos artesanales son muy populares.

Hay pocos transeúntes por la calle. Es martes. En general, es el día más tranquilo en la tienda. Decido aprovechar este respiro para limpiar los escaparates por fuera.

Cuando vuelvo a la puerta de entrada con un trapo y un cubo de agua, me topo con una mujer a la que no he visto antes, acompañada de una niña pequeña. La mujer me saluda inclinando la cabeza:

—Buenos días. Vengo a buscar unos libros.

Me digo: «¡Ah, una nueva clienta!». Dejo el trapo y el cubo junto al mostrador, mientras oigo a las dos hablar.

—Mamá, esta librería es como el despacho de papá.

—¡Sí, es cierto! Llena de libros antiguos.

La madre rondará los treinta y pocos. Lleva un kimono de alta calidad en colores pastel muy refinados, y la hija una capa rojo oscuro de igual calidad.

Tengo la impresión de que van a una reunión oficial. La niña parece tener unos años menos que mi hijo, que tiene casi siete. Con mirada curiosa, observa el interior de la tienda.

—No tenemos libros para niños —le advierto a la mujer.

En sus labios se dibuja una sonrisa.

—Lo sé. Busco libros de filosofía.

Su última palabra me sorprende: no tiene pinta de filósofa. Echo un vistazo a su rostro ligeramente maquillado. Lleva el pelo negro bien arreglado, con un estilo digno de su kimono. Desprende perfume del bueno. Sin duda es un ama de casa acomodada. Sin embargo, percibo tristeza en su mirada. Me tiene un papel.

—Ésta es la lista de títulos. Mi marido me ha enviado con la esperanza de que tenga estos libros.

La miro por el rabillo del ojo. «Ah, para su marido. Eso lo explica todo». Examino los títulos. Son siete, y todos me suenan. Levanto la vista.

—Espere un momento, señora. No tardaré mucho.

La sección de Filosofía está situada enfrente de la escalera. Mientras busco los títulos, la mujer hojea un grueso libro de psicología. La niña, por su parte, se pone delante del muestrario que hay debajo de la caja. Allí es donde están los marcapáginas y los estuches de lápices.

Se oye un ruido en el piso de arriba. Poco después, Tarô baja las escaleras con su bolsa amarilla

llena de juguetes. La madre y la hija se vuelven a la vez hacia él, que me llama con las manos:

—Mamá, los *takoyaki* estaban riquísimos. ¡Me he comido diez!

La mujer manifiesta una gran sorpresa, como mucha gente, no sólo porque mi hijo hable en lengua de signos, sino también porque es mestizo. Su hija le sigue en silencio con la mirada. Contesto a Tarô en la misma lengua:

—¡Diez! ¿Tantos? Espero que me quede alguno.

—No te preocupes, mamá. La abuela ha hecho muchos.

—¡Qué bien! Luego los comeré.

Tarô advierte la presencia de la niña, que continúa mirándolo. Le digo:

—Nieva todavía, así que juega dentro.

La madre observa nuestro diálogo silencioso sin despegar la vista de mi hijo. Estoy acostumbrada a reacciones semejantes. Tarô se sienta a la mesa situada detrás de la escalera. Arriba, en el piso, tiene papel y su caja de lápices de colores.

Al cabo de un rato, consigo encontrar seis de los siete títulos de la lista. Se lo digo a mi clienta, que me responde con tono satisfecho:

—¡Lo tiene casi todo! Mi marido se pondrá muy contento.

Voy a la caja pensando: «¿Por qué tiene que repetir siempre “mi marido” delante de una desconocida? ¿Cómo sabe su marido que existe mi librería?».

La pequeña ya no está delante del muestrario.

Sin que me diera cuenta, se ha ido a la mesa donde Tarô juega con los animales de plástico. Sentada frente a él, dibuja. Mi hijo parece cómodo con esa niña a la que nunca antes ha visto. El silencio los envuelve.

Mientras apunto los títulos en mi cuaderno, la mujer regresa con otros libros.

—Éstos también, por favor.

Son cinco: tres de psicología y dos sobre bellas artes. Le confirmo que suman once en total. Me pide que saque del muestrario tres marcapáginas y un estuche de lápices. Los examina y murmura:

—Qué trabajo tan fino...

Le propongo una cosa.

—Mandaré traer el libro que falta de aquí a una semana, si lo encuentro.

—Sí, por favor —responde ella sin vacilar.

—En ese caso, necesito su nombre y número de teléfono.

—Por supuesto. Me llamo Kako Sato y mi número es...

Apunto primero su nombre mientras la oigo deletrear en *kanji*: Sato, pueblo o comarca; Kako, niña guapa o excelente. 里佳子 «Desde luego —pienso—, su nombre concuerda perfectamente con su porte elegante». Vuelvo la mirada a los niños, que siguen jugando y dibujan con las cabezas muy juntas. Tengo una extraña sensación de *déjà vu*.

Los libros pesan, así que los meto en dos bolsas resistentes. Al pagar, la señora Sato me pregunta:

—Kitô... ¿Cómo se escribe en *kanji*?

La observo, confundida por esa pregunta inesperada. Kitô es el nombre de mi librería, escrito en *hiragana* en el rótulo.

—Es un nombre registrado, como un nombre propio. No hay más escritura que la *hiragana* —le respondo.

—¿Kitô es su apellido? —prosigue ella.

—No.

No le explico por qué he elegido ese nombre. Mi silencio parece incomodarla, pero hago caso omiso. Mientras coge las dos bolsas, me pregunta educadamente:

—¿Podría llamar a un taxi?

—Ningún problema, señora.

La mujer va a buscar a su hija a la mesa. Mientras llamo a un taxi, la veo hablar con Tarô, sordomudo, que la «escucha» leyendo sus labios. La niña se levanta y sigue a su madre, que vuelve a la caja.

La señora Sato me dice:

—Su hijo es adorable. Muchas gracias por haber dejado a mi hija que jugara con él.

Llega el taxi y salen las dos. El olor a perfume permanece.

Tarô se acerca con una hoja.

—Mamá, se llama Hanako.

—¿Cómo sabes su nombre?

Me enseña un dibujo hecho por la niña: una flor naranja y un cachorro blanco. El nombre Hanako está escrito en *hiragana* en la parte inferior de la hoja.

El taxi ya no está. Mi hijo sube de nuevo al piso, llevándose el dibujo y su bolsa de animales de plástico. La tienda se queda otra vez tranquila.

Vuelvo a coger el trapo y el cubo que había dejado junto al mostrador. La acera está casi desierta y empiezo a limpiar los escaparates por fuera.

Sigue nevando. En un instante, elevo los ojos hacia el cielo gris. La misma escena me viene de nuevo a la mente: corro en la nieve estrechando a un bebé entre los brazos. Es un recién nacido y está envuelto en una manta *beige*. Su manita sostiene firmemente un tallo de *hôzuki* con dos frutos.

Son las siete y cierro la tienda. La nieve que ha caído esta tarde ya se ha fundido del todo.

A decir verdad, ha sido un día tranquilo: quince clientes como mucho. Sin embargo, se ha hecho buena caja gracias a la señora Sato, que ha comprado once libros caros, sobre todo los de filosofía. «¿Quién es su marido, que conoce mi tienda? ¿Un filósofo aficionado, o bien un profesor de Filosofía?», me pregunto.

Pienso en la pregunta de la señora Sato: «Kitô... ¿Cómo se escribe en *kanji*?».

Nadie me había preguntado sobre esto antes. Normalmente, la gente se imagina que la palabra *Kitô* es el apellido del dueño de la tienda, y que éste ha elegido la escritura *hiragana* para el rótulo. De hecho, los clientes y vecinos que no saben mi apellido me llaman señora Kitô, y yo no les corrijo.

Si mi apellido fuera Kitô, su escritura en *kanji* podría ser: 木藤, glicinia, o bien 鬼頭, cabeza de *oni*. Pero mi «Kitô» no tiene nada que ver con esos ideogramas. Nadie lleva ese apellido en mi casa, ni yo, ni mi madre, ni mi hijo. El mío, como el de mi hijo, es Tsuji. El de mi madre es Shimizu: lo recuperó tras divorciarse de mi padre, cuando yo era pequeña.

Si tuviese que escribir mi «Kitô» en *kanji*, sería 鬼灯, luz de *oni*, que significa *hôzuki*. De hecho, la pronunciación de estos *kanji* no viene en el diccionario. Sin embargo, hay gente que erróneamente los pronuncia «Kitô». Para el rótulo elegí el *hiragana*, きとう, porque esta escritura puramente fonética deja el sentido abierto. De todas formas, nadie se preocupa por estos detalles. Por eso la pregunta de la señora Sato me pilló desprevenida.

Cuando le dije a mi madre que iba a llamar a mi tienda *Kitô*, su primera reacción fue decir:

—¡Ah, *Kitô* de «oración»! ¡Es una elección excelente!

«¿Oración?». Ese comentario me descolocó, porque nunca había pensado en ese significado, cuyos ideogramas son 祈祷. En primer lugar, no soy religiosa. Pero mi madre, católica practicante, no dudaba de su interpretación, y no la desengañé.

—El rótulo irá escrito en *hiragana*.

—¡Sí, buena idea! —exclamó mi madre.

Su reacción me desconcertó.

—¿Por qué buena idea? —pregunté.

—No todo el mundo está familiarizado con los *kanji* de «oración». A los niños les costaría leerlos. Sin embargo, los *hiragana* son conocidos por todos. Tarô pronto podrá leer y escribir きとう.

Yo la escuchaba sin hacer comentarios. Al fin y al cabo, el malentendido no me molestaba. Al contrario, me sentía aliviada: no necesitaba explicarle

por qué había elegido ese nombre que para mí significaba *hôzuki*.

Son ya las siete y veinte. Cojo el sobre que contiene las facturas y el dinero. Por fin ha terminado mi jornada laboral. Mi madre y mi hijo me esperan arriba para cenar. Al subir la escalera, pienso de nuevo en el cándido rostro de Hanako, la hija de la señora Sato. Tengo la impresión de haberla visto antes en algún lugar.

Anochece.

Mi hijo duerme. En la cocina, mi madre ve la televisión mientras confecciona un estuche de lápices con un bonito tejido. Sócrates, nuestro viejo gato, está tumbado junto al acuario, en el que nadan tranquilamente unos peces tropicales. Bosteza. Yo acabo de ducharme y tengo ganas de fumar. Cuando abro la puerta del balcón que da al patio trasero, Sócrates se dirige hacia ella lentamente. Mantengo la puerta abierta para que él también salga.

Con un cigarrillo en la mano, contemplo nuestro barrio, envuelto en la noche.

Enfrente, se apaga una luz, la del apartamento de la pareja de estudiantes que suele venir a la tienda. Él estudia pintura y ella, psicología infantil. La chica conoce la lengua de signos, e invita a menudo a mi hijo a su casa. Tarô se entretiene pintando junto al chico. Los llama *Onîchan* y *Onêchan*.

Sócrates vuelve a bostezar. Tiene ya quince años. Me viene a la mente el rostro de Shôji, mi antiguo amante. Fue él quien puso el nombre de Sócrates al gatito que encontré a la orilla del río.

Antes y después de Shôji, tuve una sarta de amantes. Era raro que estuviera sin un hombre. Pero

ahora no estoy con nadie porque la tienda me tiene demasiado ocupada.

Mi último amante se llamaba Mitsuo K., un compañero de la escuela primaria T., al que volví a encontrarme tras más de veinte años de ausencia. Casado y padre de dos hijos, era redactor en una revista de información general. Nuestra historia duró apenas unos meses, pero me dejó un buen recuerdo.

Una pequeña columna de ceniza cae de mi cigarrillo. Cuento mentalmente el número de hombres con los que he salido e intento recordar el rostro de cada uno. S., K., H., T., M., Y... Al cabo de un momento, murmuro: «Da igual». Cada vez que echo la vista atrás, me doy cuenta de que Shôji sigue ocupando el puesto más importante.

Shôji hacía un posdoctorado en Filosofía.

Lo conocí en una librería de lance donde estaba empleada. Yo tenía veintitrés años. Él era cliente habitual. Siempre que iba, charlaba con mi jefe, un viejo sabio. Una vez, estando éste ausente, Shôji me hizo algunas preguntas sobre un libro de filosofía. Yo lo había leído y le di mi opinión. Impresionado, me propuso discutirlo y me invitó a un café. Después de aquello, salíamos juntos todos los fines de semana.

Me gustó alternar con un hombre tan entregado a sus ideas. Shôji me hablaba con pasión del sentido de la existencia y de la vida. Yo leía todo lo que él me pasaba y luego lo debatíamos. A él le sorprendía que yo ni siquiera hubiera terminado el instituto por apuros

económicos, pero que nunca hubiera dejado de leer. Siempre tuve sed de conocimientos.

Estábamos entrando en una burbuja económica y la gente se gastaba muy fácilmente el dinero. Mi jefe ganaba mucho. Mi sueldo era mínimo, pero a cambio recibía una bonificación. El trabajo me gustaba, y soñaba incluso con tener mi propia librería de lance.

Shôji era pobre: las ayudas que recibía de su universidad eran modestas. Quería quedarse en la misma universidad, pero, por desgracia, las posibilidades de obtener un puesto allí eran muy escasas. A pesar de todo, estaba contento de poder dedicar todo su tiempo a la filosofía. Ninguno de los dos estaba casado, así que no había nada que entorpeciera nuestra relación.

Yo ignoraba de qué hablaba una pareja en el día a día, pero, en nuestro caso, las conversaciones se limitaban a cosas abstractas y metafísicas. Debatíamos durante horas, a menudo hasta la madrugada. Era feliz.

Sin embargo, nuestra relación acabó: Shôji me pidió que me casara con él y le dije que no. La idea de fundar una familia con él, o con cualquier otro, no me tentaba, sobre todo lo de criar hijos. Quería estar libre de obligaciones domésticas. Shôji se quedó muy decepcionado por mi mentalidad.

Lo que más le entristeció fue que abortara. Yo había calculado mal mis reglas. «¿Cómo? ¿Me he quedado embarazada? No es posible...». Este descubrimiento me había conmocionado. Ni siquiera

le había hablado a Shôji de mi embarazo, cuando evidentemente él era el padre. Casi se echó a llorar: «Abortar es un acto grave. Lo que has hecho me aflige mucho».

Sócrates bosteza por tercera vez. «Shôji, ¿qué estarás haciendo ahora?», me pregunto. Si ha tenido suerte, será profesor en la universidad. Nunca me había hecho esta pregunta antes de la visita de la señora Sato, la que compró para su marido tantos libros de filosofía. «¿El señor Sato será filósofo?», vuelvo a preguntarme. Si es así, puede que Shôji y él se conozcan. El mundo universitario es muy pequeño, como repetía mi amante.

Sopla un viento frío. Sócrates maúlla delante de la puerta mientras termino mi cigarrillo. Al entrar con él, vuelvo a ver la mirada de Shôji, limpia y dulce, como la de un niño pequeño. Su expresión ingenua se superpone a la de mi hijo.

En la cocina, mi madre acaba de poner la televisión. Ya ha acabado el estuche de lápices. Le digo buenas noches y me encierro en mi habitación con un vaso de aguardiente. Sentada en el sillón, releo un libro que olvidé devolver a Shôji: *El budismo y la filosofía*.

Estamos a viernes. Han transcurrido tres días desde la visita de la señora Sato. Hoy, después de llamar a varios sitios, por fin le he encontrado el libro que faltaba, el escrito por S., un filósofo japonés.

Ha sido gracias a mi antiguo jefe, que aún lleva su librería. Por lo que me dijo, este libro está agotado y es una rareza muy codiciada por los especialistas. Por teléfono, me dijo con tono alegre: «Tengo dos ejemplares. Los compartiré contigo. Te haré un buen precio, así que aprovéchalo». Me fui para allá enseguida.

Son casi las tres y media de la tarde. Hace frío. Desde que volvió de la escuela, Tarô juega en la mesa, detrás de la escalera. Espera a su abuela, que ha salido a hacer la compra. Van a preparar *okonomiyaki*. Esta tarde, Tarô se queda con mi madre porque yo tengo que trabajar en otro sitio hasta medianoche, como todos los viernes.

Marco el número de la señora Sato.

—Residencia de los Sato. ¿Dígame?

Es la voz de una niña pequeña, probablemente Hanako. Su forma de pronunciar las palabras resulta precoz para su edad. Le digo que me gustaría hablar con la señora Sato.

—Sí, está aquí. ¿De parte de quién?

Hanako me responde correcta y educadamente. Sus padres deben de estar muy orgullosos de que su hija hable así por teléfono, pero me molesta que se les permita cogerlo a los niños pequeños. Le respondo maquinalmente:

—Llamo de la librería Kitô.

—Un momento, por favor.

Hanako llama rápidamente a su madre. Oigo su voz excitada: «¡Mamá! ¡Es la señora Kitô, la madre de Tarô!». Su reacción me sorprende, y pienso: «¿Por qué está tan excitada? Además, ¿cómo sabe el nombre de mi hijo?». El otro día, cuando estuvo en la tienda, no usé palabras para comunicarme con Tarô. Mi hijo debió de escribirle su nombre en una hoja, como ella hizo en su dibujo de un cachorro y una flor.

—Buenos días, señora Kitô —dice la señora Sato.

La madre también me llama por el nombre de la tienda, aunque el otro día le aclaré que *Kitô* no era mi apellido. Le anuncio que ha llegado el libro de filosofía en cuestión.

—¡Ya lo ha encontrado! ¡Qué suerte! ¡Mi marido se pondrá muy contento!

Otra vez «mi marido». No entiendo por qué lo repite sin parar, a mí, que soy una desconocida. Le informo del precio, que es muy elevado.

—No hay ningún problema. Es el precio que mi marido esperaba pagar.

—Entonces, puede recogerlo en cualquier momento entre las nueve de la mañana y las siete de la tarde, todos los días excepto el lunes.

—Señora Kitô, me gustaría invitarla a nuestra casa —me interrumpe—. Es decir, a usted y a su hijo. ¿Qué le parece?

—No reparto a domicilio, pero podría mandárselo por correo —respondo, incómoda por esta repentina invitación.

—Oh, no, señora Kitô. No vale la pena que se moleste. No vivo lejos de su librería. Lo que quería decirle... —replica rápidamente.

Se queda un momento en silencio. Yo sigo callada.

—A mi hija Hanako le cae muy bien su hijo —dice titubeante—. No sé cómo los niños se han podido comunicar sin palabras y en tan poco tiempo. Hanako me ha dicho que su hijo se llama Tarô, que le encantan los *takoyaki* que hace su abuela y que se comió diez el otro día.

La escucho estupefacta. Me viene la imagen de Tarô y Hanako jugando en buena armonía, como si fueran viejos amigos. Mi hijo tiene amigos en su escuela para discapacitados, pero eso es todo. No juega mucho con los hijos de nuestros vecinos para evitar las burlas sobre sus diferencias: mestizo y sordomudo. Cuando quiere ir al parque del barrio, le acompañamos mi madre y yo.

La señora Sato sigue hablando de nuestros hijos:

—Hanako guarda un dibujo de su hijo como si fuera un tesoro. Hizo un retrato muy vivo de un pez tropical. Creo que tiene mucho talento. ¿Va a clases de pintura?

Me siento incómoda. No tengo por costumbre hablar de mi familia, sobre todo con los clientes, ni siquiera con la pareja de estudiantes que invitan a Tarô a su apartamento.

—Señora, podría recibir el libro por correo sin coste adicional —repito, cortándola.

Un silencio momentáneo. No le veo la cara, pero puedo sentir su apuro.

—Perdone mi indiscreción. En realidad...

—¿Sí?

—Mi marido es diplomático y acaban de destinarlo a Fráncfort.

«¿Diplomático? ¡Entonces su marido no es filósofo!». Me tranquilizo pensando en mi antiguo amante Shôji.

—Mi hija y yo nos reuniremos con él dentro de dos meses, a principios de febrero. Viviremos allí por lo menos tres años. Simplemente me gustaría invitarla a nuestra casa antes de marcharnos. En cualquier caso, iré a la librería a recoger el libro dentro de una semana —añade.

Cuelgo por fin. Sin que yo lo notase, Tarô ha venido y se ha puesto delante del mostrador.

—¿Con quién hablabas? —pregunta.

—Con un cliente.

—¿La madre de Hanako? —adivina.

Indecisa, asiento con la cabeza. Sus ojos brillan.